

EL EXAMEN DE MARIDOS

Beltrán y doña Inés.

- Da. INES. ¿Tenéis Beltrán prevenidos los memoriales?
- BELTRAN. Dispuestos están como has ordenado.
- Da. INES. Pues llegad, llegad asientos: sentáos Beltrán. El examen en nombre de Dios empiezo.
(*Siéntase al bufete con un libro y memoriales.*)
- BELTRAN. Este billete señora, es de don Juan de Vivero.
- Da. INES. Breve escribe. Dice así:
(*Lee.*) "Si os mueven penas, yo muero"
- Esto de "muero" es vulgar; mas por lo breve es discreto.
- BELTRAN. Hecha tengo la consulta.
- Da. INES. Decid.
- BELTRAN. "Don Juan de Vivero, mozo, galán, gentil-hombre y en sus acciones compuesto:

- seis mil ducados de renta, galiciano caballero. Es modesto de costumbres; aunque dicen que fué un tiempo a jugar tan inclinado, que perdió hasta los arreos de su casa y su persona; pero ya vive muy quieto."
- Da. INES. El que jugó, jugará; que la inclinación al juego, se aplaca mas no se apaga. Borralde.
- BELTRAN. Ya te obedezco.
- Da. INES. Proseguid.
- BELTRAN. Este es don Juan de Guzmán, noble mancebo.
(*Dale un papel a Doña Inés.*)
- Da. INES. ¿No es éste el que ayer traía una banda verde al cuello?
- BELTRAN. Ese mismo.
- Da. INES. Pues yo dudo que escape de loco o necio; que preciarse de dichoso nunca ha sido acción de cuerdo.
(*Lee.*) "En tanto que el máximo plane-
(ta en giro veloz
ilustre el orbe, y sus piramidales rayos
(iluminen mis vítreos ojos.....")
- ¡Oh qué fino mentecato!
- BELTRAN. ¡Y que puro majadero!
- Da. INES. ¡A una mujer circunloquios y no usados epitetos!
- BELTRAN. ¿Quieres oír su consulta?
- Da. INES. No Beltrán, borralde presto, y al margen poned así:
"Este se borra por necio: no se consulte otra vez, porque es falta sin remedio."
(*Escribe Beltrán en el libro.*)
- BELTRAN. Ya está puesto. El que se sigue

es don Gómez de Toledo,
que la cruz de Calatrava
ostenta en el noble pecho:
hombre que anda a lo ministro,
capa larga y corto cuello,
levantado por detrás
el cuello del ferreruelo,
el paso compuesto y corto,
siempre el sombrero derecho,
y un papel en la pretina;
maduro en años y en seso.

Da. INES. Apruebo el seso maduro
maduro en años no apruebo
para un marido, Beltrán.

BELTRAN. Es maduro mas no es viejo.

Da. INES. Va la consulta.

BELTRAN. Es Hurtado
de Mendoza.

Da. INES. ¿De los buenos?

BELTRAN. De los buenos.

Da. INES. Será vano.

BELTRAN. Es pobre.

Da. INES. Será lo menos.

BELTRAN. Tiene esperanza de ser
de una gran casa heredero.

Da. INES. No contéis por caudal propio
el que está en poder ajeno;
y más donde el morir antes
o después es tan incierto.

BELTRAN. Pretende oficios.

Da. INES. ¿Pretende?

¡Triste de él! ¿Tenéis por bueno
para mi marido a quién
ha de andar siempre pidiendo?

BELTRAN. Un virreinato pretende.

Da. INES. ¿Virreinato cuando menos?

¡Mirad si digo que es vano!

BELTRAN. Tiene para merecello
innumerables servicios.

Da. INES. A maravedís los trueco;

que méritos no premiados
son litigiosos derechos.

BELTRAN. Sólo entre sus buenas partes
se le conoce un defecto.
¿Cuál?

Da. INES. Es colérico, adusto.

BELTRAN. ¡Peligroso compañero!

Da. INES. Mas dicen que aquella furia
se le pasa en un momento
y queda apacible y manso.

BELTRAN. Si con el ardor primero
me arroja por un balcón,
decidme: ¿de qué provecho
después de haber hecho el daño
será el arrepentimiento?
¿Borrarélo?

Da. INES. Sí Beltrán;
que elegir esposo quiero
a quien tenga siempre amor,
no a quien siempre tenga miedo.

BELTRAN. Ya está borrado. Consulta
de don Alonso....

Da. INES. Ya entiendo.

BELTRAN. Este tiene nota al margen
que dice: "Merced le han hecho
de un hábito, y no ha salido:
consúlteseme en saliendo."
¿Ha salido?

Da. INES. No señora.

BELTRAN. Harta lástima le tengo.
Beltrán el que hábito pide,
más pretende, según pienso,
dar muestra de que es bienquisto
que no de que es caballero.
Adelante.

Da. INES. Don Guillén
de Aragón se sigue luego,
de buen talle y gentil brío;
sobre un condado trae pleito.
¿Pleito tiene el desdichado?

- BELTRAN. Y dicen que con derecho;
que sus letrados lo afirman.
Da. INES. Ellos, ¿cuándo dicen menos?
BELTRAN. Gran poeta.
Da. INES. Buena parte,
cuando no se toma el serlo
por oficio.
- BELTRAN. Canta bien.
Da. INES. Buena gracia en un soltero,
si canta sin ser rogado,
pero sin rogar con ello.
- BELTRAN. En latín y en griego es docto.
Da. INES. Apruebo el latín y el griego;
aunque el griego más que sabios,
engendrar suele soberbios,
¿Qué mandas?
- BELTRAN. Que se consulte
Da. INES. si saliere con el pleito.
BELTRAN. El que se sigue es don Marcos
de Herrera.
- Da. INES. Borrardo luego;
que don Marcos y don Pablo,
don Pascual y don Tadeo,
don Simón, don Gil, don Lucas,
que sólo oírlos da miedo,
¿cómo serán si los nombres
se parecen a los dueños?
- BELTRAN. Ya está borrado. Consulta
del conde don Juan.
- Da. INES. Ya entiendo.
BELTRAN. Es andaluz, y su estado
es muy rico y sin empeño,
y crece más cada día;
que trata y contrata.
- Da. INES. Eso
en un caballero es falta;
que ha de ser el caballero
ni pródigo de perdido,
ni de guardoso avariento.
- BELTRAN. Dicen que es dado a mujeres.

- Da. INES. Condición que muda el tiempo:
casará y amansará
al yugo del casamiento.
BELTRAN. No es puntual.
Da. INES. Es señor.
BELTRAN. Mal pagador.
Da. INES. Caballero.
BELTRAN. Avalentado.
Da. INES. Andaluz.
BELTRAN. Es viudo.
Da. INES. Borralde presto;
que quien dos veces se casa,
o sabe enviudar o es necio.
BELTRAN. El conde Carlos se sigue:
ese tiene gran derecho;
que es noble, rico y galán,
y de muchas gracias lleno.
Da. INES. Sí, mas tiene una gran falta.
BELTRAN. ¿Y cuál es?
Da. INES. Que no le quiero.
BELTRAN. ¿Borrarélo?
Da. INES. No, Beltrán,
ni le borro ni le apruebo.
BELTRAN. Sólo el marqués don Fadrique
resta ya: sus partes leo.
Da. INES. Decidme: ¿qué información
hallasteis de los defectos
que aquella mujer me dijo?
BELTRAN. Que son todos verdaderos.
Da. INES. ¿Que son ciertos?
BELTRAN. Ciertos son.
Da. INES. Pues borralde..... Mas teneos,
no le borréis: que es en vano,
entre tanto que no puedo,
como su nombre en el libro,
borrar su amor en el pecho.
- (Levántase derrivando el bufete.)
- BELTRAN. Con las tablas de la ley
diste señora en el suelo.

No hallarás perfeto esposo;
que caballo sin defeto,
quien lo busca desconfie
de andar jamás caballero.

ACTO SEGUNDO.—Escena XIV.

JUAN RUIZ DE ALARCON.



ANDROMACA.

CEFISA. Bien te lo dije: aun mandas en tu suerte
a pesar de la Grecia.

ANDROMACA. A tus palabras
demasiado he cedido. Sólo el crimen
de condenar a un hijo me faltaba.

CEFISA. Bastante fiel a tu marido fuiste.
Tanta virtud en estas circunstancias
puede hacerte culpable. El mismo Héctor
tu obstinación sin duda reprobara.

ANDROMACA. ¡Y tú quieres que Pirro le suceda
en mi lecho? ¡Qué horror!

CEFISA. ¿Y cómo salvas
a tu hijo? ¿Te queda por ventura
otro recurso? Di: ¿piensas que ultrajas
los manes de un esposo porque admitas
el ilustre himeneo de un monarca
victorioso que quiere coronarte,
pudiéndote tratar como una esclava;
que desprecia por ti de tantos pueblos
el temible furor; que sus hazañas
desmiente por tu amor; y ni aun se acuerda
de que es hijo de Aquiles?

ANDROMACA. ¿Y olvidarlas
deberé yo también? ¿Quieres que olvide
a mi esposo insepulto y con infamia
arrastrado en redor de nuestros muros?
¿Olvidaré a mi padre al pie del ara
inmolado a mis ojos? ¡Oh inaudita
atrocidad! ¡Oh noble infortunada!
¡Eterna noche para el frigio pueblo!

Me acuerdo bien que con feroz audacia
 todo cubierto en sangre, abriendo paso
 al resplandor del abrasado alcázar
 por entre mis hermanos degollados,
 Pirro inflamaba la crüel matanza.
 Aun oigo los horribles alaridos
 del vencedor, y las rabiosas ansias
 de los que el hierro atravesó cruento
 y consumieron las voraces llamas.
 Así a mi vista pareció: así supo
 la corona adquirir que tanto ensalzas.
 ¡He aquí el esposo que ofrecerme quieres!
 ¡Ah! no será: ¡jamás! En vano aguarda
 que yo sea su cómplice. A la madre
 y al hijo enhorabuena de su rabia
 como postreras víctimas señale:
 piérdase todo, y sálvese mi fama.

CEFISA.

Pues bien. Pirro te espera... Ven al templo
 a ver morir tu hijo. . . ¡Qué! ¿te espantan
 mis acentos? Tú tiemblas. . . .

ANDROMACA.

¡Ah Cefisa!

¿Qué has dicho? ¿Al que nació de mis en-
 (trañas,

a mi hijo, a mi único consuelo,
 al que es de Héctor la viva semejanza,
 yo he de ver espirar? ¡Ay! Aquel día
 en que salió con generosa audacia
 a lidiar con Aquiles, ¡lid funesta!
 enjugando mis lágrimas amargas
 y tomando en sus brazos a Astianacte,
 —“Cara esposa, me dijo, si a mis armas
 fuere el hado contrario, si yo muero,
 en este niño, en sus amables gracias
 una prenda tendrás de mi ternura.
 Si es a tu alma lisonjera y grata
 de un feliz himeneo la memoria,
 haz conocer al hijo, cuánto amabas
 a su mísero padre” ¡Oh Dios! ¿Y puedo

ver tan preciosa sangre derramada?
 ¿Y todos sus preclaros ascendientes
 perecerán con él? ¿Su tierna infancia
 en qué, bárbaro Pirro te ha ofendido?
 Si yo no puedo amarte ¿por qué causa
 castigas su inocencia? ¿Acaso, inicuo,
 la muerte de los suyos te echa en cara?
 ¿Se queja a ti de los horribles males
 que aun no sabe sentir? Mas, oh tirana
 impiedad! ¡oh barbarie! El muere, él muere
 si el hierro que amenaza su garganta
 no corro a detener. . . . ¡Madre insensible,
 tú misma le condenas inhumana!
 No: tú no morirás. Vamos Cefisa,
 vamos a ver a Pirro. . . . Pero. . . . aguarda. . .
 mejor es que le veas en mi nombre. . . .
 ¿Y qué le he de decir?

CEFISA.

ANDROMACA.

Que la eficacia
 del materno cariño. . . . ¿Pero piensas
 que de cierto su muerte esté jurada
 en el alma de Pirro? ¿Amor pudiera
 tal fiereza inspirar?

CEFISA.

Ardiendo en saña

no tardará en volver.

ANDROMACA.

Pues bien: al punto

corre tú a asegurarle. . .

CEFISA.

¿De qué? Acaba. . .

¿De tu fe?

ANDROMACA.

¿Cómo puedo prometerla?

¿Acaso es mía? ¡Oh manes! ¡Oh adoradas
 cenizas de mi esposo! ¡Oh Troya! ¡Oh padre!
 ¡Hijo del alma mía! ¡Ay Dios! ¡Cuán cara
 cuesta tu vida a tu infelice madre!

CEFISA.

¿A dónde la indecisa planta
 diriges? ¿qué resuelves?

ANDROMACA.

Consultemos

a mi esposo en su tumba solitaria.

ACTO TERCERO.—Escena última.

RACINE.

Traducción de M. BRETON DE LOS HERREROS.

ADELCHI

ADELCHI

¡Oh, padre, deja los lamentos, por Dios! ¿No era esta la hora de morir? Pero tú que encarcelado vas a vivir, después de haber vivido en regio alcázar, óyeme: la vida es hondo arcano: lo comprende sólo la hora postrera. Te han quitado un reino: no lo deploras, créeme. A esta hora cuando te acerques tú, verás alegres cruzar por tú memoria aquellos años en que no has sido rey, en que una lágrima no hañ anotada contra tí, en que el triste no habrá mezclado a su dolor tu nombre. Alégrate de no ser rey; alégrate de no poder mandar; no hay en el trono tiempo para hacer bien: sólo es posible hacer mal o sufrirlo. Rige el mundo una fuerza feroz, que da en llamarse derecho: con la mano ensangrentada, los abuelos sembraron la injusticia; los padres cultiváronla con sangre; no da el mundo otra mies. Mandar inicuos no es placer, bien lo sabes, y aunque fuera, ¿no termina en la tumba? Ese dichoso cuyo trono mi muerte consolida, ese a quien todo sirve y lisonjea, es hombre y morirá!

DESIDERIO

Pero te pierdo;

¿quién de esto me consuela?

ADELCHI

El cielo, padre,

que consuela de todo.

ALEJANDRO MANZONI.

Escena VIII. Acto V.

Los Caballeros

DEMOSTENES.

¡Ven, ven choricero dichoso! ¡adelante, hombre querido, a quien está reservada nuestra salvación y la de la república!

EL CHORICERO.

¿Qué es esto? ¿por qué me llamáis?

DEMOSTENES.

Ven acá y escucha tu feliz y afortunado destino.

EL CHORICERO.

¿Mi qué.?

DEMOSTENES.

Vamos, deja primero en el suelo tus mercancías, adora después a la tierra y a los dioses.

EL CHORICERO.

Héme aquí. ¿Qué es ello?

DEMOSTENES.

¡Mortal bienaventurado! ¡mortal opulento, que hoy no eres nada y mañana lo serás todo! ¡Oh jefe de la afortunada Atenas!

EL CHORICERO.

¿Por qué buen hombre te burlas de mí y no me dejas lavar estas tripas ni vender estos chorizos?

DEMOSTENES.

¿Qué tripas? ¡Insensato, mira allí! ¿Ves esas filas de ciudadanos?

EL CHORICERO.

(*Por los espectadores.*) Las veo.

DEMOSTENES.

Pues bien, tú serás su jefe y el jefe del mercado, y de los puertos y de la Asamblea; pisotearás al Senado; destituirás a los generales, les cargarás de cadenas, los reducirás a prisión y establecerás tu mancebía en el Pritáneo.

EL CHO. ¿Yo?

DEMOS. Sí, tú; y aun no lo ves todo. Súbete sobre ese tablero y mira todas las islas del rededor.

EL CHO. Las veo.

DEMOS. Bueno; ¿y los mercados y las naves de carga?

EL CHO. También.

DEMOS. ¿Puede haber fortuna mayor? Dirige ahora el ojo derecho a Caria y el izquierdo a Calcedonia.

EL CHO. ¿De modo que mi gran fortuna va ser quedarme bisco?

DEMOS. No; tú venderás todo eso. Porque llegarás a ser, como el oráculo dice, un gran personaje.

EL CHO. ¿Pero cómo yo, que soy un choricero, llegaré a ser un personaje?

DEMOS. Por eso mismo llegarás a ser un grande hombre; porque eres un canalla audaz, salido de la hez del pueblo.

EL CHO. Me creo indigno de ser grande.

DEMOS. ¡Pobre de mí! ¿De qué te crees indigno? parece que aun abrigas un buen sentimiento. ¿Acaso perteneces a una clase honrada?

EL CHO. No por los dioses; pertenezco a la canalla.

DEMOS. ¡Oh mortal afortunado! ¡de qué felices dotes de gobierno te ha colmado la naturaleza!

EL CHO. Pero buen amigo, si no he recibido la menor instrucción; si sólo sé leer y eso mal.

DEMOS. Precisamente lo que te perjudica, lo único, es saber leer, aunque sea mal. Porque el gobierno popular no pertenece a los hombres instruidos y de intachable conducta, sino a los ignorantes y perdidos. No desprecies lo que los dioses te prometen en sus predicciones.

EL CHO. Veamos ¿qué dice ese oráculo?

DEMOS. Se expresa muy bien, por los dioses, y con una alegoría elegante y no muy obscura. "Pero cuando el águila pelambreira, de ganchudas uñas, por la cabeza sujete al estúpido dragón bebedor de sangre, entonces la salmuera con ajos de los Paflagonios perecerá, y el Numen a los tripicalleros

concederá insigne gloria; a no ser que prefieran continuar vendiendo embutidos."

EL CHO. ¿Qué tiene eso que ver conmigo?..... ¡explícad-melo!

DEMOS. El águila pelambreira es nuestro Paflagonio.

EL CHO. ¿Qué significa eso de "ganchudas uñas?"

DEMOS. Eso quiere decir que con sus manos todo lo arrebatara y se lo lleva.

EL CHO. ¿Y lo del dragón?

DEMOS. Eso está clarísimo. El dragón es largo y el chorizo también. Y el chorizo y el dragón se llenan de sangre. Así es que el dragón, dice el oráculo, podrá vencer al águila pelambreira si no se deja engañar por palabras.

EL CHO. Me lisonjean por mi vida, esos vaticinios; mas no acierto a comprender cómo puedo ser apto para los negocios políticos.

DEMOS. Muy fácilmente. Haz lo mismo que ahora: embrolla y revuelve los negocios como acostumbras hacer con los intestinos y conquista el cariño del pueblo engolosinándolo con proposiciones culinarias. Tus cualidades son las únicas para ser un demagogo a pedir de boca; voz terrible; natural perverso; impudencia de plazuela; en fin, cuanto se necesita para gobernar la república. Los oráculos y el mismo Apolo Pitio te designan para ello. Éa, ponte una corona, haz una libación a la *Necedad* y ataca a tu rival denodadamente.

EL CHO. ¿Y quién me ayudará? Los ricos le temen; la pobre plebe tiembla en su presencia.

DEMOS. Pero mil honrados caballeros le detestan y te defenderán; en tu auxilio vendrán todos los ciudadanos buenos y probos, todos los espectadores sensatos y yo con ellos, y hasta los mismos dioses. No temas, ni siquiera verás su rostro, pues ningún artista se ha atrevido a esculpir su máscara. Sin embargo ya se le conocerá; los espectadores no son lerdos.

EL CHO. ¡Desdichado de mí! ¡Ya sale Paflagonio!